

CAPÍTULO X.

1696-1697

Vuelve á encargarse del gobierno de la provincia D. Roque de Soberanis y Centeno.—Órdenes que recibe de la corte.—D. Martín de Urzúa se pone al frente de la expedición que marcha al Petén.—Acampa á la orilla de la laguna.—Provocaciones de los indios.—Personas importantes que visitan el Real y noticias que dan sobre el Itzá.—Se termina la construcción de la galeota, y los expedicionarios se embarcan en ella.—Combates con los naturales.—Cae en poder de Urzúa la isla principal.—Canek y todos sus habitantes se refugian á la tierra firme.—Medidas que se adoptan para hacerles volver á sus hogares.

Don Roque de Soberanis y Centeno determinó por fin volver á la Península, y se presentó en Mérida hacia el mes de julio ó agosto de 1696. Don Martín de Urzúa le entregó inmediatamente el gobierno (1) y se retiró á Campeche, donde creyó que podía encontrar recursos para hacer sus últimos preparativos. Dejó su poder al conde de Miraflores, para todo lo que tuviera necesidad de gestionar en la capital de la Colonia; pero este caballero tropezó desde luego con la mala voluntad que el nuevo gobernador tenía á su antecesor. Se había declarado entre ambos personajes una

(1) Pretende el Dr. LARA que Soberanis tomó segunda vez posesión del gobierno de la Península el 13 de febrero de 1697. Evidentemente incurrió en una equivocación, porque aunque VILLAGUTIERRE no cita con precisión las fechas, los sucesos de la conquista del Petén que se refieren en este capítulo dan á comprender que aquella toma de posesión sólo pudo tener lugar en la época que se cita en el texto.

rivalidad, de que Villagutierre echa la culpa al demonio, y Soberanis, luego que se vió en posesión del gobierno, comenzó á levantar informaciones contra Urzúa para desvirtuar el mérito de su empresa. Las elevó en seguida á la Audiencia de México, y volvió á pedir, en virtud de ellas, que se le confiase el mando de la expedición, como gobernador que era de Yucatán. Don Martín de Urzúa tuvo conocimiento de esta solicitud, y habiendo levantado también en Campeche informaciones favorables á su causa, las remitió al apoderado que tenía en la capital de la Nueva España. Estas gestiones, que llegaron á hacerse públicas, no impidieron al conde de Miraflores el seguir importunando al gobernador para que facilitase á su rival los auxilios de que necesitaba. Pero D. Roque, que tenía la esperanza de ganar su pleito en la Audiencia, se excusaba diciendo que no daría nada mientras Urzúa no saliese de la Península, bajo el pretexto de que los amigos que tenía en ella ponían toda clase de obstáculos á su administración.

No es fácil calcular hasta dónde habría llegado este antagonismo, cuyas influencias se hacían sentir en el seno mismo de la Real Audiencia, si una resolución de la corte no hubiese venido á terminarla hacia el mes de noviembre del año que acabamos de citar. Llegaron á la provincia dos cédulas Reales, una en que Carlos II manifestaba su agrado á D. Martín de Urzúa por los servicios que había prestado á la Corona en su expedición al Petén, y otra en que se ordenaba á D. Roque de Soberanis que le diese todos los auxilios que solicitase (2). Como ambas resoluciones mani-

(2) «EL REY. Don Roque de Soberanis y Centeno, Caballero del Orden de Santiago, Gobernador y Capitan general de las provincias de Yucatán: En mi Consejo de las Indias se ha entendido lo que el zelo y vigilancia del sargento mayor D. Martín de Urzúa han adelantado el descubrimiento y reduccion de indios de esas provincias á las de Guatemala, con esperanza de lograr feliz éxito en esta Empresa, continuando en ella, luego que lo permitiese el tiempo. Y siendo de tan estimables consecuencias, al servicio de Dios, y mio, ha parecido

festaban bien claramente que la intención de la corte era que Urzúa diese cima á la empresa, su antagonista no se atrevió ya á ponerle obstáculos, y por el contrario, ordenó al sargento mayor de Campeche que se acercase á él y le pidiese una noticia de todos los socorros que necesitaba, con el objeto de facilitárselos al instante. Todavía hubo algunas diferencias entre ambos rivales, sobre la calidad de estos socorros y sobre la vigilancia que el gobernador pretendió ejercer en ciertos actos del jefe de la expedición. Pero al fin hubieron de allanarse todas, y ya no se pensó mas que en emprender cuanto antes la sujeción de aquellos itzaes que habían resistido por cerca de dos siglos al poder de las armas españolas.

Don Martín de Urzúa confió el mando de la infantería á D. Pedro de Zubiaur, el cual salió de Campeche en los primeros días del año 1697, con ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos peones y carpinteros de ribera para los trabajos que debía emprender. Llevaba orden de avanzar sin detenerse hasta el fin del camino abierto, que sólo distaba dos leguas de la laguna de Itzá, en cuyo punto debía formar su Real, con todas las precauciones necesarias, para no ser víctima de una sorpresa. Allí debía permanecer hasta que llegase el resto de la expedición, y emplear su tiempo en cortar y preparar la madera necesaria para la construcción de una galeota de treinta codos de quilla y una piragua menor.

ordenaros, no embarazeis, con ningun pretexto los designios que se encaminaren á este intento, sino que los fomenteis y faciliteis quanto sea posible, auxiliando, y alentando al Sargento Mayor D. Martin de Urzúa y á los demás que considerareis á propósito para que le ayuden: Porque si por omision ú otro motivo alguno, se llegase á faltar al cumplimiento de esta orden, sería de mi desagrado, y la demostracion muy correspondiente en todo el desservicio, que en ello se me hiziere. De que estareis advertido, para obrar en la materia conforme debo esperar de vuestra zelosa aplicacion. Y de lo que se executare me dareis quenta. Del Buen Retiro á veintinueve de mayo de mil seiscientos y noventa y seis.—Yo, EL REY.»

El capitán Zubiaur cumplió al pie de la letra estas instrucciones (3), y cuando D. Martín de Urzúa, que salió de Campeche el 24 de enero, llegó á reunirsele, estaban ya hechos todos los preparativos para emprender la marcha á la laguna. El jefe de la expedición no quiso perder el tiempo, y al día siguiente de su llegada, que fué el 28 de febrero, dió las órdenes necesarias para que se abriesen las dos leguas de camino que faltaban. Destacó cuarenta hombres para que sirviesen de escolta á los trabajadores, á causa de que los itzaes estaban alterados desde que habían sentido cortar madera á la gente de Zubiaur. No fué inútil la precaución, porque el tránsito estaba lleno de emboscadas, y el destacamento habría sido alguna vez víctima de ellas, á no haber sido socorrido oportunamente por el grueso de las tropas, que marchaba por el camino á medida que se iba abriendo.

Terminado al fin éste, y vencidos todos los obstáculos, D. Martín de Urzúa llegó con toda su gente y bagajes á la orilla de la laguna, donde determinó acampar para armar sus naves y botarlas al agua. Desde el primer día la superficie de la laguna se vió bordada de un número infinito de canoas, ocupadas todas por guerreros itzalanos. No hicieron por entonces ninguna demostración hostil, y se limitaron á hacer gala de la habilidad que tenían en el arte de navegar, ya ejecutando maniobras difíciles, ya huyendo ó aproximándose rápidamente á la orilla. Pero al otro día y en los siguientes observaron una conducta muy distinta. Comenzaron por desembarcar é introducirse al campamento de Urzúa, donde este jefe los recibía con agrado y les regalaba hachas y machetes para su uso y cintas ó abalo-

(3) Recordará el lector que García de Paredes el año anterior había dejado cuarenta hombres en un reducto construido á dieciséis leguas de la laguna de Itzá. El viaje de Zubiaur por el mismo camino en que estaba situado, sería una oportunidad para dar razón de la suerte que corrió; pero VILLAGUTIERRE no vuelve á hacer mención de aquellos valientes en todo el decurso de su libro.

rios para sus mujeres. A pesar de este agasajo, bien pronto se conoció que los itzaes no tenían otro objeto que provocar á los expedicionarios, pues varias veces se les vió bajar de sus canoas, disparar algunas flechas sobre el campamento y huir en seguida arrojándose al agua. También solían presentarse algunos escuadrones de gente armada, que se desprendían de los bosques vecinos, mientras otra multitud de guerreros descendía de la laguna, y unos y otros hacían gestos de amenaza, disparaban sus flechas y poblaban el aire con sus gritos y su música salvaje. Pero Urzúa fingía no comprender el objeto de estas demostraciones, y seguía dando la última mano á sus bergantines.

Entre las personas que visitaban el campamento español, que era accesible para todo el mundo, se presentó un día aquel sobrino de Canek que había ido de embajador á Mérida, y al cual se le dió en el bautismo el nombre de don Martín Can. Holgóse mucho de verle el jefe de la expedición, y habiéndole manifestado éste que el príncipe itzalano había faltado á su palabra haciendo batir á los españoles que habían ido el año pasado á tomar posesión del Itzá, el antiguo embajador le excusó diciendo que habían ocurrido en la isla grandes alborotos y que su tío sólo había podido calmarlos prometiendo á sus súbditos desistir del vasallaje que había jurado. Que, no obstante esto, se hallaba todavía en disposición de entregar el Petén á D. Martín de Urzúa y de escuchar la predicación del Cristianismo para bautizarse. Los mismos informes dió en sustancia el cacique Chamax Sulú, de quien hablamos en el capítulo anterior, y que también vino al campamento á uncir sus pequeños dominios al carro de la triunfante España.

Pero lo que pareció dar mayor colorido de verdad á estas dos declaraciones fué la visita de un personaje llamado Kin Canek (4), el cual representaba en el Petén el papel de

(4) VILLAGUTIERRE le llama Quinecanek.

pontífice ó sumo sacerdote. Urzúa salió á recibirle hasta el desembarcadero, acompañado de sus principales capitanes, y le condujo á su tienda con todo el miramiento debido á su elevado carácter. Allí manifestó que era primo hermano del príncipe de Itzá, y que el único objeto de su visita era manifestar su agradecimiento al jefe de la expedición por el agasajo con que recibía á sus compatriotas en el campamento. Don Martín de Urzúa fingió creerle, y dijo que por su parte sólo intentaba continuar la apertura del camino hasta Guatemala y exigir de paso el cumplimiento de la promesa que Canek le había hecho por conducto de sus embajadores. Añadió que esperaba que no se le pusiesen obstáculos para cumplir con su misión, porque de lo contrario estaba dispuesto á declarar la guerra, y concluyó por manifestar que deseaba conferenciar con aquel príncipe, para lo cual le invitaba á comer en su tienda dentro de dos días. Kin Canek prometió repetir á su primo todo lo que acababa de oír, y se retiró muy satisfecho de la acogida que se le había dispensado.

Bien comprendía D. Martín de Urzúa que había poca franqueza en la conducta de Canek, y que cierto ó no el alboroto que había causado entre sus vasallos el reconocimiento del dominio español, era evidente que el cacique estaba buscando algún pretexto para eludir el cumplimiento de su oferta. Probablemente no tenían otro objeto las provocaciones que diariamente recibía su pequeño ejército, y especialmente una, bastante singular, que tuvo lugar al día siguiente de la visita del sumo sacerdote. Presentáronse en la superficie de la laguna varias canoas, ocupadas únicamente por mujeres indias, todas jóvenes, frescas y provocativas. Desembarcaron frente al campamento, se introdujeron en él y se mezclaron entre los soldados, con el pretexto de pedir cintas, abalorios y zarcillos. Fácilmente se adivinaba que ceder á la tentación de estas sirenas era dar motivo para que se quejasen del insulto y atraer sobre

el Real los escuadrones de guerreros que, según costumbre, debían estar emboscados en la selva vecina y entre los manglares de la laguna. Urzúa evitó el peligro haciendo que las mujeres que tenía á su servicio proveyesen á las itzalanas de las baratijas que pedían, y la castidad del ejército salió vencedora de esta durísima prueba, con no poca satisfacción de su jefe, que no quería dar motivo á que se rompiesen las hostilidades.

Al día siguiente de este suceso, el campamento se preparó para recibir á Canek; pero no habiéndose dignado éste acceder á la invitación de Urzúa, el jefe español determinó pasar á verle á su residencia. Era ya fácil realizar el intento, porque la galeota y la canoa pronto quedaron aparejadas para surcar la laguna. Pero un día antes de emprender su viaje, D. Martín convocó una junta de guerra, á que asistieron sus principales capitanes, para acordar la conducta que debía observarse con el enemigo. Allí tomó la palabra para manifestar que, en su concepto, el rey de España tenía un derecho incontestable al Itzá, puesto que Canek, que era su señor natural, le había jurado vasallaje; que á pesar de este juramento, era evidente que sus vasallos intentaban oponerse á la toma de posesión pacífica, puesto que diariamente inventaban provocaciones para encender la guerra, y que si él las había tolerado hasta allí, quizá con mengua de la reputación española, era porque las instrucciones que tenía de la corte le recomendaban que evitase en lo posible la efusión de sangre. Pero que como quizá llegaría un momento en que toda su prudencia no bastaría para impedir que se apelase á las armas, deseaba oír la opinión de los que iban á compartir con él la responsabilidad y los peligros de aquella empresa. Todos los miembros de la reunión, desde García de Paredes hasta el último oficial subalterno, opinaron que era ya necesario aceptar la guerra á que se les provocaba constantemente, porque los indios podían atribuir á debilidad la conducta que se

había observado hasta entonces. Adujeron otras muchas razones para fundar su opinión; pero ninguna fué bastante para convencer á Urzúa, el cual disolvió la reunión diciendo que él todavía pondría en juego todos los medios posibles para evitar la guerra. En seguida hizo publicar un bando en que disponía que ningún jefe, oficial ni soldado se atreviese á disparar un arma sobre los itzalanos, y que en caso de que éstos cometiesen algún desmán que pudiera parecer punible, se diera cuenta al jefe de la expedición, para que determinara lo más conveniente.

Llegó por fin el día 13 de marzo, en que debía decidirse para siempre de la suerte de los itzaes. Antes de amanecer se confesaron y comulgaron todos los soldados, según la costumbre establecida en aquella época devota, y terminado este preliminar indispensable, D. Martín de Urzúa dividió su fuerza en dos secciones: una de ciento veintiocho hombres de armas, que se quedó en el campamento, con algunas piezas de artillería y todo el bagaje del ejército, al mando del teniente Juan Francisco Cortés, y otra que se componía de ciento diez soldados, cuyo mando tomó el mismo jefe de la expedición y con la cual se dirigió al embarcadero. Metiéronse todos en la galeota, que acababa de ser bendecida por el vicario D. Juan Pacheco, y en los momentos en que el sol asomaba su disco de fuego sobre el horizonte, la nave se deslizaba rápidamente sobre la superficie de la laguna, entre las oraciones de los que se quedaban y las aclamaciones de los que partían.

La isla principal del Itzá distaba apenas dos leguas de la orilla de donde se habían desprendido los viajeros. Habríase vencido la mitad de esta distancia, cuando se vió una canoa india que se dirigía rápidamente á la residencia de Canek, á dar sin duda noticia de la aproximación del enemigo. Algunos instantes después aparecieron otras muchas canoas, divididas en dos alas, por entre las cuales debía pasar toda embarcación que se dirigiese al Petén. Ha-